

La sucesión de Arafat

Alto al fuego en Oriente Medio

La muerte del líder histórico palestino Yaser Arafat ha hecho germinar la semilla de la paz en Oriente Próximo. Una combinación de acontecimientos políticos casi simultáneos –la victoria electoral de su sucesor, Abú Mazen, contrario a la Intifada y partidario de relanzar el diálogo con Israel; la instauración de un gabinete de unidad nacional en Tel Aviv, y la entente anglo-americana para auspiciar y apadrinar las negociaciones de paz– han logrado desempolvar la maltrecha Hoja de Ruta. Hoy el mundo mantiene la respiración ante el alto al fuego anunciado por Ariel Sharon y Mahmud Abbas, roto dos días después por los radicales de Hamás.

DIEGO HERRANZ

El año 2005 ha dejado ver “un rayo de esperanza” para la paz judeo-palestina. Esta proclama, escuchada a uno y otro lado del Muro de Seguridad como un mero susurro nada más conocerse la defunción de Yaser Arafat, y con notable intensidad tras la contundente y simbólica victoria electoral de Abú Mazen como nuevo presidente de la Autoridad Nacional Palestina, podría ser algo más que un nuevo ejercicio de retórica sobre las posibilidades reales de paz entre árabes y judíos. El alto al fuego entre palestinos e israelíes, anunciado al finalizar la cumbre árabe celebrada en la ciudad egipcia de Sharm el

Sheij a principios de febrero, abre el camino hacia la paz. Un compromiso que contará con el apoyo moral y económico de Estados Unidos y el respaldo de Egipto y Jordania, que han restablecido relaciones diplomáticas con Israel. Casi 57 años después de la proclamación de la independencia de Israel, en las que su fundador, David Ben Gurión, abogaba por la instauración de dos Estados, uno hebreo y otro palestino, y de la fulgurante y precipitada declaración de guerra por parte del mundo árabe hacia el “enemigo sionista”, una sucesión de acontecimientos en cadena han revelado una “oportunidad única” para sepultar definitivamente el conflicto más

candente, complejo y antiguo del planeta.

EL SUCESOR DEL RAIS

Mahmud Abbas, también conocido como Abú Mazen, se ha distinguido en los últimos años como un claro detractor de la actual Intifada y de los ataques terroristas contra objetivos hebreos y como un firme partidario de restablecer los puentes de entendimiento con Ariel Sharon, pese a la política de represión implantada por el primer ministro israelí. El amplio respaldo social logrado por Mazen –acaparó las dos terceras partes de los 1,3 millones de sufragio– en unos comicios libres, democráticos y limpios, según convinieron en señalar los más de 300 observa-



El 8 de febrero Ariel Sharon y Mahmud Abbas acordaron el alto al fuego.

El año 2005 ha dejado ver “un rayo de esperanza” para la paz judeo-palestina, tras la contundente y simbólica victoria electoral de Abu Mazen

go, aparcado desde diciembre de 2000, en Camp David. Estados Unidos comprometió moral y económicamente con el proceso de paz. La secretaria de Estado, Condoleezza Rice, nombró al general William Ward enviado especial de EE.UU. para Oriente Próximo, algo muy similar a asignar a un diplomático para supervisar el proceso de paz.

Bush prometió una ayuda de 350 millones de dólares para los palestinos. Rice anunció que en 90 días se entregarán 40 millones como parte de un “programa de acción rápida” para ayudar a crear empleos y reconstruir la infraestructura palestina.

TIEMPO DE TREGUAS

La tarea no es sencilla. El ataque de Hamás, dos días después de la tregua evidencia la dificultad de Mazen para convencer a estos activistas, a la Yihad o a las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa de la pérdida de prestigio internacional y de poder negociador ocasionada por la Intifada. Su capacidad de entendimiento con los grupos terroristas no guarda parangón con el de Arafat, quien a su condición de líder unificador de la causa palestina sumó el uso de fondos reservados para comprar puntualmente la lealtad de Hamás. Sin embargo, ahora que las arcas de la Muqata parecen vacías después de años de corte en el suministro

dores internacionales, desarrollados apenas dos meses después de la muerte de Arafat, en circunstancias difíciles de boicot de los seguidores de Hamás y la Yihad Islámica, y con una alta participación electoral, dieron el pasado 9 de enero a este veterano combatiente palestino, de sesenta y nueve años, eterno número dos de la OLP, el centro de poder y, sobre todo, la legitimidad como interlocutor válido ante EE.UU. e Israel. En los últimos cuatro años o lo que es lo mismo, en la primera legislatura de la Administración Bush tanto Washington como Tel Aviv habían negado a Arafat, a quien tildaron de terrorista, el más mínimo conato de representación y de capacidad negociadora como líder palestino.

Un segundo hecho relevante ha sido la habilidad política del jefe del Gobierno hebreo para acabar con la crisis interna con la constitución de un gobierno de unidad nacional entre su formación, el Li-

kud, y el Partido Laborista de su rival y amigo Simon Peres. La alianza entre las dos grandes organizaciones políticas hebreas para el resto de la legislatura augura gestos, con un amplio respaldo parlamentario, para tender la mano a Mazen. Entre otros, la excarcelación masiva de presos palestinos, o la cooperación bilateral para el desmantelamiento de los asentamientos judíos en la Franja de Gaza, origen de la salida del gabinete de Sharon de los partidos ultraortodoxos y de extrema derecha.

El tercer componente que añade cierto optimismo al escenario de Oriente Próximo es el decidido empeño que, a esta causa, emprendió en los últimos meses el primer ministro británico, Tony Blair, quien logró captar la atención sobre “el momento histórico que se avecina” y aunar los esfuerzos negociadores de George Bush y del propio Sharon en torno a la necesidad de relanzar el diálogo.

El fin de las hostilidades entre palestinos e israelíes, anunciado en la reciente cumbre árabe de la ciudad egipcia de Sharm el Sheij, abre el camino hacia la paz

financiero de Europa y EE.UU, y de que los servicios de inteligencia hebreos admitan que cuatro de cada cinco ataques de Al Aqsa están patrocinados por Hizbulá, la guerrilla libanesa apoyada desde Irán, los respaldos externos a favor de Mazen se hacen, si cabe, más acuciantes.

El sucesor de Arafat necesita el favor del Cuarteto –EEUU, Europa, Rusia y la ONU–, inspiradores de la Hoja de Ruta, para evitar precisamente el ambiente de terror que sirvió de preludeo a su nombramiento, con atentados palestinos y ataques aéreos y terrestres del ejército hebreo. Sus llamadas a la calma y al cese de violencia se quedarán en el limbo sin la mediación internacional. Además, las potencias mundiales y, en especial, la Casa Blanca, empeñada en democratizar Oriente Próximo, deberían pararse a pensar en el efecto balsámico y propagador que tendría la estabilidad democrática de Palestina –que también ha convocado comicios parlamentarios y locales en próximas fechas– en países con citas electorales próximas. Desde Irak hasta Arabia Saudí, donde no existe el sufragio ni la representación política femenina, pasando por Egipto, cuyos aspirantes a la presidencia deben primero obtener la designación del parlamento, Líbano y su Constitución de inspiración pro-siria o la propia Siria y la monolítica presencia del partido baazista de la familia Assad.

EL PRECIO DE LA PAZ

En Israel, la alianza laborista-conservadora está obligada a explicar a la sociedad hebrea que las ansias de paz pasan por aceptar cambios en las actuales fronteras del país, un asunto ampliamente asimilado por la opinión pública judía en la década de los noventa. Al fin y al cabo, como insisten algunos analistas israelíes, el actual mapa es fruto de guerras y no de acuerdos. El Gobierno israelí sabe bien que el punto de encuentro



Abu Mazen tras su elección como presidente de la Autoridad Palestina.

**Estados Unidos
apoya con firmeza el
proceso de paz
iniciado por los
líderes israelí y
palestino**

.....

**La alianza entre las
dos grandes
organizaciones
políticas hebreas
para el resto
de la legislatura
ha hecho posible un
acercamiento
a Mazen**

más cercano a la paz exigía la devolución de los territorios previos a la Guerra de 1967, y que en Camp David a Arafat le falló su sentido de Estado por empeñarse en dos flecos –la vuelta de los refugiados palestinos y Jerusalén Es-

te–, por lo que está obligado a mover ficha en esta dirección. La cesión de los territorios ocupados acarrearía compensaciones, no sólo de paz, sino también de movimientos fronterizos que afectarían a varios países. Así, Egipto podría entregar parte de la Península del Sinaí al Estado palestino para permitir la prolongación de la Franja de Gaza a cambio de un área hebrea de seguridad al sur del Desierto de Negev; los palestinos se harían con los asentamientos de Cisjordania, que acogen a casi un cuarto de millón de colonos judíos y Siria recibiría la mayor parte de los Altos del Golán si adquiere el compromiso de preservar su línea fronteriza con Jordania, nación que para “olvidarse” de su reivindicación territorial, anexionaría parte de la salida meridional de Israel al Mar Muerto. Es el precio de la paz. Mazen dice estar dispuesto a asumirlo y a renunciar a las exigencias finales de Arafat. El balneario egipcio de Sharm el Sheij, escenario de anteriores citas del Proceso de Paz, ha sido la primera piedra del tortuoso camino que espera a Sharon y Mazen para rubricar un acuerdo de entendimiento y buena voluntad entre Israel y el futuro Estado palestino. ■